

HOMILÍA DE LA MISA CRISMAL

Catedral de Nuestra Señora del Rosario

Paraná, 16 de abril de 2014

Querido Sr. Cardenal, querido Mons. Maulión

Queridos hermanos en el sacerdocio;

Querido Diácono, queridos Consagrados y consagradas, queridos seminaristas

Queridos hermanos en el Señor:

Con gran alegría, nos reunimos hoy en esta solemne Misa Crismal, que pone de manifiesto la unidad eclesial y el origen pascual de todos los sacramentos. Misa concelebrada por el Obispo y todo su presbiterio, en la cual se consagrará el Santo Crisma y se bendecirán el óleo de los catecúmenos y de los enfermos, materia de los sacramentos, que los sacerdotes llevarán a su Parroquia para administrar los misterios de la salvación. En ella también los presbíteros renovarán sus promesas sacerdotales y participaremos todos de la ofrenda eucarística de Jesucristo.

Un profundo sentido de la unidad del sacerdocio en el único Sumo y Eterno Sacerdote, Jesucristo Nuestro Señor, se irradia en toda la liturgia que hoy celebramos. Llegamos a esta celebración con nuestro corazón de pastores, trayendo al altar todas las necesidades de la Arquidiócesis y de la Iglesia, el Señor sabe que nos oprimen los males del mundo, las heridas de la Iglesia, las angustias de las almas y de los cuerpos y las alegrías y esperanzas de nuestro pueblo.

En horas más oscuras que las nuestras, en el primer Jueves Santo, Jesús nos dice: “no se turben sus corazones. Confíen, Yo he vencido”.

Al presidir, en nombre de Jesús, esta concelebración y haciéndome eco de la última Exhortación Apostólica del Santo Padre, “ Evangelii Gaudium” quiero invitarlos a una nueva etapa evangelizadora, marcada por la alegría del Evangelio, que llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús... Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría” (EG n.1)” La alegría del Evangelio es esa que nada ni nadie nos podrá quitar” (EG n.84)

Los males de nuestro mundo - y los de la Iglesia- no deberían ser excusas para reducir nuestra entrega y nuestro fervor.

El Espíritu Santo nos apremia a “vivir alegres en la esperanza” y nuestros hermanos y el mundo exigen de nosotros un claro testimonio de ella, testigos de esa esperanza que no defrauda, la cual supone la fe y en ella se apoya. Su falta y la crisis, se proyectan y se traducen en una recesión de la esperanza.

Muchos de nuestros hermanos la han perdido y lo que es peor, no les desespera la falta de esperanza. Se aferran al presente visible, porque el futuro está vacío de eternidad y la vida futura no cuenta.

Marginado el Dios de la fe, el Dios de la esperanza carece de sentido. Es un absurdo. Cuando no se confía en Dios, se espera y se confía en el hombre, en sus talentos, en la técnica, en la ciencia, en el poder o en tantos nuevos ídolos modernos. Por una ósmosis ambiental, también este clima penetra en el corazón del sacerdote. De un modo insensible puede darse una transferencia del valor del poder de lo divino al poder de lo humano. Sobrevaluamos la esperanza en nuestras capacidades y fuerzas y nos olvidamos de ponerla en Dios. Esperamos más de nuestras obras que de la misteriosa acción de la gracia.

El siervo de Dios, el Cardenal Eduardo Pironio, decía los sacerdotes podíamos haber perdido, la riqueza interior y el dinamismo vital de la esperanza, “el mundo nos ha contagiado un poco su desilusión y su amargura. Demasiado entregados a la acción... terminamos por agotarnos física y espiritualmente...” Hay un cierto desaliento que se origina en una impaciencia humana, existe una gran tentación de desesperar, sin embargo “estamos en la hora providencial de la esperanza, quizá porque estamos en la hora de la angustia”. “: *“no se dejen robar el entusiasmo misionero, la alegría evangelizadora, la esperanza” nos dice Francisco*

Esperanza no quiere decir insensibilidad, indiferencia, irrealismo o falta de compromiso. Es la certeza de la presencia de Dios en el mundo que nos dice “No tengan miedo, Yo estoy con ustedes y he vencido al mundo”. La certeza de que el Reino de Dios ya está entre nosotros y marcha inexorablemente hacia su plenitud.

En esta cultura inmanentista, secularizada y agnóstica, tenemos que animarnos a examinar si como sacerdotes estamos llevando a nuestro pueblo hacia ese momento “pleno de satisfacción, en el cual la totalidad nos abraza y nosotros abrazamos la totalidad. El momento de sumergirnos en el océano del amor infinito, en el cual el tiempo –el antes y el después- ya no existen” (Benedicto XVI SS n.12.)

En este contexto histórico, el sacerdote debe vivir la esperanza teologal intensamente, debe ser hombre de Dios, hombre de esperanza, para comunicarla a los demás. Debe esperar por sí y por los otros. “Nuestra esperanza es siempre y esencialmente también esperanza para los otros; sólo así es realmente esperanza también para mí”. Nadie se salva sólo... El sacerdote debe marchar seguro y alegre, con el pueblo confiado, hacia el encuentro con Dios, con la certeza de que ÉL ha salido primero a su encuentro.

Una de la crisis de desaliento es sentirnos solos y no ver fructificar nuestra obra. Olvidamos la dimensión comunitaria de la esperanza, somos un pueblo sacerdotal en marcha hacia la eternidad. Todo lo que hacemos con

generosidad y amor nunca fracasa en el misterio del Cuerpo Místico. Podemos fracasar en apariencia, pueden fracasar nuestros proyectos personales, pero nunca fracasa el plan de Dios y la construcción progresiva de Su Reino. La esperanza, como virtud teologal, es la tensión profunda del hombre hacia el Dios que ha descubierto en la fe. Esta tensión es permanente porque la novedad de Dios es incesante.

“La verdadera, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo puede ser Dios, pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo”. Si estamos en relación con Aquel que no muere, que es la vida misma y el Amor mismo, entonces estamos en la vida. Estar en comunión con Jesucristo nos hace participar en su ser “para todos”, hace que este sea nuestro modo de ser. Ser para los demás, para todos.

La esperanza debe ser perfeccionada y purificada. Las dos ocurren gracias a la Cruz. “El triunfo cristiano- Francisco- es siempre una cruz que al mismo tiempo es bandera de victoria, que se lleva con una ternura combativa ante los embates del mal” (EG n. 85)

Es una ley evangélica que el sarmiento que da frutos debe ser podado para darlos más abundantemente y mejores. La prueba crucial es la ausencia de Dios. Son las noches oscuras que conocemos por los místicos. El alma debe esperar contra toda esperanza. Pero hay otras pruebas en los sacerdotes: las críticas, los fracasos, el abandono, el aparente triunfo del mal. Dios está oculto, parece que calla, **pero está**. “No tengan miedo... Yo estoy” he orado por ustedes para que no desfallezcan. Confirмен a sus hermanos.

Los que perseveran son colmados de gozo, paz y una profunda alegría. La psicología moderna habla de angustias, de frustraciones, de neurosis y tantos otros males del alma. ¿Puede estar triste un cristiano, puede estar triste un sacerdote? El sacerdote que cree, espera y ama, nunca puede estar triste. La Eucaristía, prenda de la futura gloria, llena nuestros corazones en la alegría y el gozo de la vida eterna. “La única tristeza válida es la de no ser santo” León Bloy.

Vamos a continuar con la Eucaristía pero antes de la bendición de los óleos, los sacerdotes renovarán las promesas sacerdotales que hicieron por primera vez en su ordenación sacerdotal, en donde entregaron a Dios sus vidas y su compromiso de fidelidad al ministerio. Hoy, en vísperas del jueves Santo, día sacerdotal por excelencia, son renovados estos compromisos para actualizar en cada uno la opción inicial, renovar el don de Dios y fortalecerlo con la unión de los hermanos sacerdotes y la oración de todo el pueblo fiel. Es un signo del deseo duradero de fidelidad, como una exigencia gozosa por parte del mismo sacerdote, pero también como un derecho de los fieles que buscan en él — consciente o inconscientemente — al *hombre de Dios*, al consejero, al mediador de paz, al amigo fiel y prudente, al padre y guía seguro en quien se pueda confiar en los momentos más difíciles de la vida para hallar consuelo y firmeza.

Queridos hermanos, les pido que acompañen a los sacerdotes, los apoyen con su oración. Si hay algo en lo que les quiero insistir es en esto: quieran a sus sacerdotes, recen por ellos, acompáñenlos verdaderamente como hermanos, quíéranlos como hijos que quieren a sus padres, como el pastor de la comunidad. Díganles lo que les tienen que decir con caridad y de frente... nunca por detrás, y, sobre todo, ayúdennos, porque uno va apreciando y madurando la propia vocación sacerdotal en la medida que el pueblo de Dios también colabora para hacérsela apreciar.

Recemos también con insistencia y confianza para que el Señor mande más trabajadores a su mies.

Un recuerdo también hoy, en nuestras plegarias, por los sacerdotes enfermos y por aquellos que están fuera de la Arquidiócesis prestando servicio a otras Diócesis o estudiando en Roma.

Queridos hermanos: hace mucho tiempo la Iglesia nos está exhortando a navegar mar adentro, a involucrarnos más intensamente en la Nueva Evangelización, Aparecida nos hizo redescubrir la belleza y grandeza de ser discípulos-misioneros y el desafío de una anhelada conversión pastoral de nuestras comunidades, para pasar de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera (DA 370). El Papa Francisco decía “En

orden a que este impulso misionero sea cada vez más intenso, generoso y fecundo, exhorto también a cada Iglesia particular a entrar en un proceso decidido de discernimiento, purificación y reforma.”

Por lo tanto, confiando en la acción del Espíritu Santo, habiendo consultado al Consejo Presbiteral, he decidido convocar un Sínodo Arquidiocesano que se realizará durante el año 2015, al cumplirse 100 años del primer Sínodo Diocesano que se realizara en nuestra Iglesia Local, convocado por Monseñor Abel Bazán y Bustos.

Un sínodo es una Asamblea en la cual el Pueblo de Dios, sacerdotes, consagrados y laicos, realiza un proceso de discernimiento de la acción pastoral, para colaborar con el Obispo en su tarea de apacentar y hacer crecer la Iglesia local... El tema será la Parroquia que como nos dice el Papa en su Exhortación es “comunidad de comunidades, santuario donde los sedientos vana beber para seguir caminando, y centro de constante envío misionero” (EG n.28)

En la Iglesia nada ocurre si no es porque la presencia suave, fecunda y entusiasman te del Espíritu Santo, está actuando entre nosotros. Por eso imploro a Dios Padre y al Hijo que nos lo regalen para que conduzca todo este proceso sinodal.

Invito también a todos a sumarse, desde ahora, al Sínodo a través de la oración personal y comunitaria. En la Iglesia todo es posible cuando nos ponemos de rodillas a implorar al que Todo lo Puede. Sin su luz y sin sus fuerzas, todos nuestros esfuerzos serán vanos.

Dentro de un tiempo irán llegando las instrucciones y subsidios para que sea un acontecimiento de gracia por la participación de todos.

A la Madre del Evangelio viviente le pedimos que interceda para que esta invitación a una nueva etapa evangelizadora “sea acogida por toda la comunidad eclesial y que nos consiga un nuevo ardor de resucitados para llevar a todos el Evangelio de la vida que vence a la muerte. Danos Madre la santa audacia de buscar nuevos caminos para que llegue a todos el don de la belleza que no se apaga” (EG)

Así sea.